

CAPITULO VIGESIMO NONO.

LA PALABRA EMPEÑADA.

I.

Las dos hermanas de la caridad, á quienes no habrán olvidado nuestros lectores, seguían en el hospital de sangre, aliviando las dolencias de los heridos con una abnegación y ternura sin límites.

Clara y Guadalupe habían aceptado por completo aquel sacrificio como un alivio á sus desengaños.

A la cabecera de aquellos lechos de dolor, iba el corazón destrozado por las heridas del mundo á buscar un lenitivo á su infortunio.

Estamos en la noche del 14 de Junio, vísperas del aciago día en que un consejo de guerra debía decidir de la suerte del augusto prisionero.

Guadalupe y Clara estaban en su habitación, las dos criaturas pasaban por una ansiedad terrible.

—Yo tiemblo de terror, Clara, me parece que su existencia va á terminar en el cadalso.

—Aleja esos pensamientos, hermana mía, yo creo que le respetarán; hay empeños grandes por salvarle, además son tantos los que se han complicado en los sucesos, que sería una injusticia que él solo muriese.

—No, Clara, Maximiliano va á ser la víctima expiatoria.... ¡yo me siento morir á esta ideal!

—No llores, Dios vela por las desgraciadas.

—A mí me ha abandonado.

—No hay que perder la esperanza.

—Ya su luz se ha extinguido en mi alma.

—¿Le amas aún?

—¿Que si le amo?.....Sí, Clara, aquel amor inmenso que yo le he profesado, á fuerza de combatirlo se ha hecho más grande, sí porque mi alma no sabía que era una ilusión hasta que le he visto, le amo con toda mi alma, con la fé del primer cariño, con ese perfume de santidad que se exhala del corazón en sus primeras impresiones.....Sí, Clara, esta pasión nutrida en el abandono, herida por el engaño, se ha apoderado de todo mi ser con una violencia, que ya mi espíritu siente abatir sus alas y comienza á buscar el aliento de ese hombre!.....

—Es necesario guardar ese cariño en el abismo del pecho, y amar como yo, solo una sombra, un recuerdo, una quimeral.....

Clara inclinó la cabeza y lloró en silencio.

—Sí, continuó, es tiempo de orar; orar, porque llega el momento de la tribulación.

—De mi alma se desprende una continua plegaria al Todopoderoso.

Llevadas por este pensamiento las dos hermanas de la caridad se arrodillaron ante la imagen de la Virgen y oraron en silencio.

II.

Unos toques dados á la puerta de la celda sacaron aquellas almas del misticismo de sus oraciones

—Es el oficial de guardia, gritó la voz conocida de Don Serafín.

Clara abrió la puerta.

El joven soldado fijó sus ojos en la hermana, plegó el ceño como quien busca un recuerdo y exclamó sin poderse contener.

¡Clara!

—Sí, yo soy, entre usted.

—¿Pero qué ha pasado?

—Todo lo sabrá usted.

Guadalupe levantó la cabeza y su mirada se encontró con la del caballero.

—¡Guadalupel! ¿pero qué significa esto?

Guadalupe se arrojó al cuello del joven, y sin poder contener sus lágrimas, lloró amargamente antes de poder hablar una palabra.

—Yo estoy sorprendido, señoritas, algo terrible ha pasado para que ustedes se encuentren en este paraje y bajo los hábitos de la caridad.

—Caballero, amigo mío, dijo dulcemente Guadalupe, la noche en que nos separamos.....

—Sí, dijo el joven, no necesitáis recordarlo, allí en las rocas del *Pedregal*, me dijo usted al tenderme la mano: "¿Puedo contar con usted si algún día lo necesito?" sí, contesté con entusiasmo, y ahora repito mi oferta, exijan ustedes la palabra empeñada, yo tengo con las dos una deuda inmensa de gratitud y estoy pronto á pagarla.

—Oiganos usted un momento y nada nos pregunte, dijo Guadalupe: usted recuerda que el desgraciado Enrique mató en desafío á un austriaco.

- Sí, perfectamente, ¡pobre amigo mío!
- Usted no nos ha reconocido, nosotras velábamos por él, encontró dos amigas en su lecho de muerte.
- Sí, recuerdo que dos hermanas le asistían en sus últimos momentos, el dolor mató la curiosidad y ni aun siquiera reparé en ustedes.
- Es que nos ocultamos por temor de ser reconocidos por Pablo.
- Bien, bien, adelante, ¿qué tiene que ver ese austriaco muerto en el desafío?
- Ese hombre, continuó Guadalupe, estaba allí por orden del emperador, que bajo la apariencia de un humilde capitán tenía amores conmigo.
- ¿Con usted Guadalupe?
- Sí, yo ignoraba que fuese Maximiliano, y le amaba más que á mi vida.
- ¿Y bien?
- Yo le he vuelto á ver una sola ocasión para darle mi eterna despedida.....entonces previendo la desgracia que le amenazaba, porque el corazón no se equivoca, me hizo su última súplica.
- ¿Y cuál es, señora?
- La de acompañarle en sus últimos instantes.
- ¿Y cómo cumplir esa promesa sin ser vista de Pablo Martínez, que es uno de los custodios del emperador?
- No me ha comprendido usted bien, seguramente porque yo voy en mi desgracia aún más allá de estos momentos.
- Puede ser, Guadalupe, yo estoy trastornado, explíquese usted con más claridad.
- Mientras ese hombre vive yo debo velar por él, hacerme sentir sin que él me vea.
- Ya comprendo.
- He alistado la celda, y cuidado de cuanto le pertenece, estos hábitos me resguardan.
- Continúe usted, continúe.
- Si el consejo de guerra le sentencia, dijo Guadalupe estremeciéndose de terror, usted me introducirá en el convento, quiero asistir á sus últimos instantes, acompañarle al suplicio y recibir su último aliento!
- Don Serafin estaba conmovido terriblemente.
- Clara veía con una compasión dolorosa á su triste amiga.
- Señora dijo al fin el caballero, estoy dispuesto á todo, mi palabra es sagrada.
- Bien, respondió Guadalupe, estrechando aquella mano bienhechora, yo he visto siempre en usted un hermano.
- Lo soy de corazón; pero no vuelvo aún de mi asombro, señorita Clara ¿cómo ha podido su padre de usted consentir en separarse de su adorada hija?

- Ha hecho este sacrificio porque sabe que mi dolor no encontraría alivio en otra situación que ésta.
- ¿Usted ha sufrido?
- Mucho, hondamente.
- Ya la hacía á usted feliz.
- Esa palabra es un sarcasmo.
- ¿Acaso el señor Demuriez ha pagado mal el cariño con usted?
- Clara se cubrió el rostro con las manos.
- Víctima de la fatalidad, se apresuró á decir Guadalupe, para ahorrar á su amiga la explicación de aquel doloroso suceso, se ha suicidado.
- ¡Qué horror! exclamó Don Serafin.
- Clara se sintió ahogada por el llanto.
- Después de algunos momentos la Señorita Rodríguez levantó su rostro con la serenidad de la resignación.
- Don Serafin, dijo tristemente, necesitamos un sitio en el teatro donde tendrá lugar mañana el consejo de guerra del Emperador.
- Sí, dijo Guadalupe, desde ese lugar oculto podré verle.
- Tomaré un intercolumnio y acompañaré á ustedes.
- Es necesario que Pablo ignore todo.
- Fíen ustedes este negocio á mi prudencia, y sobre todo á mi amistad.
- Adiós.
- Adiós.

III.

- Al salir Don Serafin de la celda de las hermanas de la caridad entraba una dama enteramente cubierta con un velo.
- Movió ligeramente la cabeza y el caballero la saludó á su paso.
- ¿Las señoras Guadalupe Martínez y Clara Rodríguez? pregunté con acento firme á las hermanas.
- Las jóvenes se vieron asombradas, hasta entonces creían que sus nombres eran un secreto.
- Adelantóse Clara, y dijo con aquellas maneras distinguidas que revelaban su elegante trato social.
- Servidoras de usted, señora, y le indicó un asiento á la desconocida.
- La dama paseó la mirada por el semblante de las jóvenes é hizo un movimiento de satisfacción como quien ha encontrado lo que buscaba.
- Estamos á las órdenes de usted, señora.

—Hablemos, dijo un con acento pronunciado de extrangerismo la desconocida; pero antes veamos quienes somos.

—Señora, dijo Clara, sin disimular su extrañeza, nosotras hemos olvidado hasta nuestro nombre, lo dejamos perdido en las tormentas del mundo, nada recordamos, tiene usted delante á Sor Guadalupe y á Sor Clara, he aquí todo.

—Antes que ese hábito se ajustase á la delicada cintura de Sor Guadalupe, su corazón ha sido víctima de una pasión terrible.

—¡Señora! exclamó la hermana del guerrillero.

—Es uno de aquellos amores, prosiguió la dama, que nos asaltan en los días primeros de nuestra juventud, cuando el alma se exhala en perfumes como las flores y el horizonte está teñido de una luz purísima y sonrosada, horizonte hermoso de la existencia.

—¡Señora! ¡señora! murmuraba la joven.

—Es una noche, continuó la extranjera, la luna da de lleno sobre un jardín, las flores de la noche se han entreabierto al cerrarse las de la tarde, y el jardín está saturado de aromas. La lluvia ha cesado y las gotas del agua tiemblan como brillantes en las hojas de las rosas. Un hombre acaba de ser muerto á pocos pasos de la reja, y un embozado penetra á un gabinete donde hay unos grabados con el castillo no recuerdo de donde: aquel embozado es el amante de la húrde de aquel paraíso.

—¡Mentís, señora! dijo con altivez Guadalupe; aquel hombre no era un amante, era un prometido.

Levantóse bruscamente la dama al oír aquella terrible palabra.

—Señora, dijo, no poseo bien el castellano y acaso he hecho mal uso de esa palabra.

—Perdonad, repuso Guadalupe.

Sentóse la dama, y dirigiéndose á Clara:

Joven, la dijo, por lo que acabáis de oír, comprenderéis que sé vuestros secretos, hay en vuestro semblante las huellas profundas del desconsuelo, esas pupilas húmedas revelan que no ha mucho que las lágrimas han asomado á esos párpados.

—Es verdad, murmuró Clara.

—La memoria sombría del suicidio aun acompaña el virgen corazón que ha amado con delirio.

—¿Qué queréis, señora?

—Lo váis á oír; vosotras tenéis amigos que hagan llegar una carta al emperado, es necesario que se entere de su contenido.

—Hay grandes dificultades.

—Ese joven que acaba de hablar con vosotras es el amigo íntimo de Pablo Martínez, hermano de Guadalupe, y le será fácil introducir este paquete al calabozo del prisionero.

Un pensamiento terrible cruzó por la mente de Guadalupe con la celeridad de un relámpago: ¿le amaré esta mujer? El corazón de la joven se sintió devorado por los celos y su semblante se cubrió de una palidez mortal.

—Señora, se apresuró á decir con voz conmovida, lo que pretendéis es sumamente riesgoso, y nosotras no podemos comprometer á nuestros amigos.

—No amáis al emperador, dijo con voz sarcástica la dama, ni le habéis amado nunca.

—¿Que no le he amado? ¿que no le amo aún? señora estáis profanando el santuario de mis creencias, vos no comprendéis hasta dónde alcanza esta pasión que yo le consagro á Maximiliano; por él he vivido, por él respiro todavía!.....miradme agotada por el sufrimiento, y secas y abrazadas mis pupilas por el llanto perenne de mis angustias; ved estos hábitos donde se ha refugiado mi amor sin esperanza; mi presencia en este lugar lo explica todo.

—¿Y cuando amáis así, dijo la extranjera, no queréis arrostrar un peligro insignificante, frente á esa situación desesperada del emperador?

—Es que.....

Prestadme vuestras vestiduras y yo penetraré en la celda.

—¡Nunca! dijo Guadalupe, celosa como una leona.

—La sangre de Maximiliano caerá sobre vuestra frente, yo he venido á rogaros que me prestéis vuestra ayuda para salvarle.

—Dadme las cartas, yo haré que lleguen á sus manos.

—Bién, aquí están.

La dama entregó un paquete á Guadalupe.

—Os juro que le serán entregadas.

—¿Vos le veréis personalmente?

Sí, respondió la joven queriendo ver qué efecto producían en la extranjera sus palabras.

La dama quedó un momento cavilando; ya está establecida, decía, una correspondencia segura, aun hay esperanzas.

Aquel silencio fué interpretado desfavorablemente por Guadalupe, creyó que la dama era la querida del emperador y que buscaba aquel medio para comunicarse con él.

—Hemos concluido, dijo la extranjera, y saludando á las jóvenes salió de la celda poniendo en las manos de Clara su tarjeta.

Luego que desapareció, las dos amigas se precipitaron sobre el papel llenas de curiosidad y exclamaron á la vez:

—¡La princesa Salm, Salm!